LETRAS SALVAJES

Revista de Literatura, Arte y Pensamiento de alta velocidad

Editor: Alberto Martínez-Márquez

ISSN 2638-9711

31

LETRAS SALVAJES

Número 31, 2022

Portada: Foto de Bess Hamiti (Podujevë, Kosovo)

Contraportada: Foto de Marco Antonio Reyes (Guatemala)

Foto de la página 68 por Alberto Martínez-Márquez

Composición y diseño: Rogelio de Sart y Max Ilión

Cuidado de la edición: Alberto Martínez-Márquez

Logo: Iván Figueroa Luciano

Esta revista puede ser reproducida, almacenada en un sistema de informática o transmitida de cualquier forma o a través de cualquier medio electrónico, mecánico, copia fotostática, grabación u otros métodos que permitan su libre difusión y consumo.

Esta revista no recibe subvenciones algunas de individuos ni de agencias de gobierno, alianzas público-privadas o entidades corporativas nacionales o transnacionales.

LETRAS SALVAJES es una publicación sin fines de lucro, que se rige por la libre economía de la koinonía.

Copyleft 🄯 2022

Favor de dirigir sus colaboraciones al correo-e:
revistaletrassalvajes@gmail.com

Para envío de libros, revistas, cd-roms, dvds o cualquier otro material apalabrado o audiovisual, favor de escribir a la siguiente dirección:

Alberto Martínez-Márquez, Editor
Letras Salvajes
3631 Villas Sotomayor
San Antonio, Puerto Rico 00690

indice

3 Gianesis Miguelena

9 Sílabas del boscaje

11 Evelyn Taveras

16 Luis A. Rodriguez

19 Mariela Cordero

27 Via Plaza

30 Yenet Perez

38 Debora Hadaza

42 Carlos Crespo Gonzalez

48 Elena Ramos Grullon

51 Samiri Hernandez Hiraldo

56 Anabelle Miguelena

59 Tahis Goretti

65 Alberto Martinez-Marquez

70 Laura Anabelle Lopez

77 Pinturas de Shamsia Hassani

85 Grafemas para canibales

87 Chin Fa Wu

93 Fotografias de Vivan Maier

99 Bestiarium

GIANESIS MIGUELENA

ATLAS

[*Sílabas del boscaje*]

Nicolás de Lekuona, *Sin título.* (fotomontaje y tinta y lápiz), 1934

EVELYN TAVERAS

La profanación es mi pensamiento desnudo

Horizontal esta letra inacabada, creciente.
Roja entre la sombra que alarga mis dedos hacia noche.
No me queda licor ni tormentas para diluir una canción
triste y redonda.

Mi cuerpo ingrávido se arrastra
a la mitad de esta noche sin grillos
ni verdes cronopios sobre mi cama.

Aguardo la lluvia,
confusión sin licor o tormentas,
terrible es esta hora colgada de mi falda.

La profanación es mi pensamiento desnudo
entre las piedras del miedo.
No importa si me tiemblan las palabras entre los dedos
Se ata a mi garganta el miedo de mi boca
entre nosotros escondido.

Agonía del animal

Ya no es una llama.

Mi voz es la puerta

—oscuridades insomnes—

He soplado en el viento.

En ese umbral que arde en infinito desamparo

Moja mis pies la rabia destilada del perro.

La voz que se escucha perdiéndose en ecos

—la agonía del animal—

ha tomado mis huesos insuficientes

para calmar el río que se desborda en su garganta.

Un gato naranja sobre un fondo verde

Un gato naranja sobre un fondo verde
con flores naranjas me mira,
golpea a la distancia de una soledad amarilla.

Él siempre ha estado aquí, me cuenta
mirándome romper cristales y perfumes.

Antes, nunca había imaginado que ambos tuviéramos la misma hueca esperanza,
las mismas ridículas flores
coronando la absurda idea de versos que nada queman.
Siete vidas agotadas en un vaso de ron y una canción iluminada.

Me dices que las azoteas y las manos atadas por las calles
se abren a mi tristeza.
Quisiera tanto tomarte de las garras gato naranja,
salir a las calles a trepar canciones y flores.
Que el sábado muerte nos regale un encuentro sin que nadie lama las heridas de mis pies,
sin que nadie ría mis ojos
islas
sumergidos en ausencias.

Mi espalda girándose hacia la luna.

Todo empieza y todo acaba, Ismael,
ya no me digas noches sin palabras,

sin maullidos de aquel que espera
quieto de agonías.

Quédate quieto gato irrompible, dame tus ojos de araña, dime cuánto de mí
queda atrapado en tu mirada,

vamos,

que la noche se deshace como el hielo de este ron moribundo.

Blanca negro vestido

Una mujer océano de sueños, lluvia y tempestades
barro a las formas
piel grito.

Gata morena de luna,
-llama infinita del aire-
un deseo abierto de sal
hondo valle de espumas.
Arte luz versos sombras.

Mujer, gemido profundo del alma.
Caudal incendiario en las venas.
Bruja blanca negro vestido,
pasión de alas
rojo el beso y las ganas.

Arde el cuerpo y la sangre,

espirales / insomnios.

Fruta labio dedos ancla cuerpo horizonte
desnuda
corre hacia el aire.

Fuego luna piel distante.

Canta versos muere en llamas.

-Bajo umbral -

Constelaciones.

Ama llora siente desarma.

Mujer arena palabras.

Duerme el sol
en su sexo jardín de todas las llamas.

LUIS A. RODRÍGUEZ (LARO)

Reencuentro

Cuando volvió a escuchar aquel sonido, ella estaba casi quedándose dormida. Al principio pensó que era el entresueño, pero luego se percató que todavía estaba despierta cuando su gato maulló asustado y salió corriendo hacia la parte de atrás de la cama. De un brinco se sentó y volvió a oír los pasos y la risa que había escuchado dos días antes. Con sus pequeñas manitas apretaba la sábana sobre su cabeza y aunque quiso gritar el nombre de su mamá, no pudo porque en el fondo no sentía tanto miedo como pensaba. Aquella risa no era tan tenebrosa como ella esperaba que fuera, no era como en las películas ni como en aquella canción de un tal Michael Jackson. De alguna manera era una voz que le sonaba familiar. Se quitó la sábana de sopetón y preguntó:

—¿Quién anda ahí? - no tuvo ninguna respuesta.

Pasó el tiempo y ella ya se había olvidado de aquellos pasos y las risas que se escuchaban a lo lejos. Una noche haciendo tareas de la secundaria, volvió a escuchar pasos en su cuarto. Del sobresalto rompió la punta del lápiz. Inmediatamente miró hacia atrás, pero una vez más no vio nada. Se levantó y buscó por toda la casa.

—¿Muchacha qué buscas? – preguntó su madre.

—Nada, má'… estaba caminando para memorizarme una tarea.

—¿Dónde andas? – ella preguntó en voz baja, pero no tuvo ninguna respuesta.

Aquella tarde, justo cuando llegaba a su casa desde la universidad, miró hacia su cuarto y a través de la cortina pudo ver una silueta parada frente a la ventana. Subió la escalera de la casa rápido, abrió la puerta de su cuarto de un solo tirón y gritó:

—¿Quién está aquí? - otra vez el silencio fue la respuesta.

Pasó el tiempo, de vez en vez volvía a escuchar pasos y risas sin ver quién era, sin tener respuestas a sus preguntas, y sin decírselo a nadie para que no la tildaran de loca. Ni siquiera se lo comentó a su novio, ni porque este le gustaban las historias de fantasmas y extraterrestres. Nunca dijo nada. Pero sabía que alguien habitaba aquella casa y que por alguna razón solo ella sentía su presencia.

Sin embargo, el día de su boda, justo cuando se estaba maquillando, vio una sombra cruzar por frente

del espejo donde ella misma se estaba mirando. No quiso mirar hacia atrás para no espantar la imagen. Se veía borrosa, pero al menos pudo verla por un momento antes que se desapareciera. Aquella persona parecía que buscaba algo en el cuarto. No lo sintió intimidante, más bien era como si fuera alguien conocido. En esta ocasión se quedó en el ambiente un olor a perfume que no había percibido antes y que no era el que ella se había rociado. Terminó de maquillarse y dejó entrar al fotógrafo para empezar la sesión de fotos de boda, no sin antes sentir que por fin podía confirmar que estaba lejos de la locura.

Sus visitas a la casa de su madre habían mermado a una vez por semana. Entre sus dos hijos, su esposo y su trabajo de asistente en una cafetería, no le daba tiempo para visitar más frecuentemente. Cada vez que visitaba sentía que algo raro sucedía en la casa. Era como si más personas vivieran allí, podía percibir cuando pasaban cerca de ella sin que nadie estuviera físicamente en aquella casa. Nunca le dijo nada a su madre ni a su nueva familia. Siempre pensó que vivía aquellas experiencias porque era especial ya que nadie más comentaba sobre sentir lo mismo que ella.

Pasaron varios años desde aquellos encuentros paranormales. Su madre había fallecido y ella heredó aquella casa que tantos recuerdos le traía. A veces se sentaba en su antiguo cuarto para tratar de sentir aquellos pasos o la presencia de aquellos cuerpos, tal vez, ver algún reflejo en un nuevo espejo. No volvió a sentir nada más.

Un día, estando sola en la cafetería, llegó un cliente que no era regular. Al sentir su presencia, tuvo el deseo de preguntarle de dónde era. Usualmente ella atiende a los clientes sin hacer mucho contacto visual, pero esta vez se detuvo a mirar a esta persona.

Él se sorprendió cuando ella le hizo esa pregunta ya que solo quería comprar el café y seguir su camino, pero ella le preguntó como si lo conociera de algún lugar. Tomó el café entre sus manos, y al sentir el caliente excesivo que sobresalía preguntó si le podría dar una servilleta. Ella se la entregó, y volvió a preguntarle de dónde era.

—Soy de Howard Beach – le contestó con poco ánimo de comenzar una conversación.

—¡Oh! yo también… - Ella respondió con los ojos muy abiertos y una sonrisa de curiosidad. En ese momento hablaba aquella niña de 9 años que sintió aquellos pasos caminar por su cuarto.

—Vivía entre la calle 83 y la avenida 163.

—¿En serio? no puede ser. – Su corazón comenzó a latir rápidamente, y se puso muy ansiosa.

Ella quiso indagar más sobre aquel hombre que le parecía conocido.

—Yo me crié en esa área. Hace un par de meses volví a vivir ahí. Es la casa azul que está en la misma esquina de la 163.

—Exactamente ahí vivía yo, wao que interesante.

—¿En qué año viviste ahí?

—Del '72 al 95. - contestó él, esta vez con cara de asombro.

—Yo también… -

En ese momento su piel se puso pálida y sus manos frías. Como si de pronto estuvieran presentando una película sobre su vida, empezó a recordar todo. De momento sintió miedo, pero pronto reconoció aquel perfume que había olido en su cuarto en aquella época de estudiante.

—¿Entonces eras tú? - preguntó él.

Café

Ella miró por la ventana. Pudo distinguir la ciudad de Nueva York a lo lejos. Los edificios nuevos, flacos y altos como la arrogacia misma de algunos neoyorquinos, le creaban una sesación de tristeza que ella no podía entender. Caminó a la cocina, agarró la greca que había traído desde la casa de su madre. Le echó agua hasta la tuerquita, porque no debía pasar de ahí según decía su abuela. Abrió el envase de café, lo acercó a su nariz y lo olio al mismo tiempo que cerraba los ojos color verdes-amarillos con destellos marrones, azules, y otras constelaciones. Siempre le sucedía lo mismo… el campo regresaba a su alma. Miró nuevamente hacia la ciudad de Nueva York y sintió que alguien estaba al otro lado angustiado.

La greca distribuyó su aroma por toda la casa. Ella apagó la estufa y dejó que el café se reposara un poco mientras el sonido burbujeante iba mermando. Agarró su taza con el elefante y la palabra "dream" estampada. Vertió el café mientras levantaba el brazo para que el líquido cayera desde lo alto.

—Siempre suena igual – pensó.

Una cucharada de azúcar morena después ya estaba meneando aquel preciado líquido con dulzura. Negro como es que se tiene que tomar, según ella. Lo llevó a su boca lentamente y al darle el primer sorbo, le dejó las huellas de unos labios color rojo vida.

Caminó a la ventana de cristal. Se tomó otro sorbo de café mientras miraba los edificios de Nueva York.

Directamente opuesto a ella, él levantaba la taza y mirando por la ventana de cristal desde su oficina en Manhattan dijo: Salud.

Ella… respondió.

MARIELA CORDERO

La mano en la sombra

Hay una mano en la sombra
desprovista de clemencia
expulsada del imperio de las caricias
desconoce el oficio
de construir cercanías o plegarias.

Esta mano
                irrumpe
con aleteo de matanza,
sus movimientos ensucian
las olas
del cuerpo asaltado.

Desgarra con exactitud
la piel sumisa,

                bautiza la herida
y traza una línea
con su dedo de acero.

Sólo
quiere entregarte
                la cicatriz.

Los rasgos presentidos

Todos los rostros se van extraviando
en el viaje,
la memoria hambrienta
aspira retenerlos
pero los rastros y los signos
se diluyen en la marea del desconcierto.

Entre la multitud florece
                inmediato
como un golpe
un cariz único
            desconocido
que se impone

y te desquicia
hasta ser traspasado
por la dicha fulminante
de terminar la búsqueda.

El rostro amado
reúne
todos los rasgos presentidos.

Los inescrutables ojos

Los inescrutables ojos
que se ocultan
dentro de galopantes ciudades de acero,
están detrás
de otros miles de ojos sonámbulos.

Son narcóticos indomables
que mutilan el desamparo
apaciguan los alaridos
y derraman caricias.
Cuando afloran
te toman por asalto.

Sabes
que morirás
invocándolos.

Dos incendios

La radiación de simultáneos incendios,
se divisa en dos noches
que de tanto respirar idéntico
danzan juntas
ebrias,
se enmarañan volviéndose una.

Dos cuerpos se desprenden
de esa noche en llamas,
surgen
como antorchas urgentes
que lamen lo oscuro.

Se precipitan
una
sobre
otra,
redoblan su calor
hasta parecerse al rayo,
                embellecidas
arden hasta que el sol
las engulle.

Isla

Lejos,
forjada de olvidos
                asediada
por aguas hambrientas
                solitaria
arena caliente.

Una isla
que calcina se parece a tu
boca.

Un cuerpo al que pudieras hacer arder

No veas detrás de mí la ristra de cadáveres
que parece asediarme y seguirme
desde un territorio caluroso y lejano.

No veas el signo de desamparo que hay en mis ojos,
febriles por ver tantos incendios.
No veas en mi carne el epítome de un país
ensangrentado.

No sientas en mi estremecimiento
el temblor
de los sufren,
este miedo es único y me pertenece,
no distingas en mi voz
alaridos de aparecidos,
concédeme el privilegio
de una desolación propia.

No veas en mi rostro
celajes
de ninguna patria
danzando con la muerte.

Sólo quiero que veas este cuerpo que soy,
sustancia persistente
sin espectros
piel y huesos.
Un cuerpo
al que pudieras hacer arder

La interrupción de la luz

Cuando las luces se apagaron,
nuestros corazones fueron habitados por fábulas aciagas
la noche antes amada se bautizó
como la siembra del pánico.
Estábamos próximos los unos a los otros
y en la penumbra la sangre comenzó a viajar
como un perfume vuelto anzuelo.

Muchos se guiaron por el olor
y desearon nadar en un convulso río rojo.
Cuando horas después la luz regresó
no reconocimos nuestros rostros,
salpicados por el rictus de la bestialidad.

Nuestra tierra estaba colmada de cuerpos
mutilados,
escuchamos los gemidos dolientes
vimos nuestras manos manchadas de culpa
y fue tarde cuando descubrimos
que también estábamos heridos de muerte.

Cuerpo Público

Yo no habito un país, habito un cuerpo
quebrado
que se tiende con mansedumbre
sobre ruinas voraces
y respira el humo de los días quemados.

Yo no habito un país, habito un cuerpo
sin flor
que padece
desabrigado de treguas
los indelebles temblores
de lo recién violado.

Yo no habito un país, habito un cuerpo
exuberante de huesos
amaestrados
como cuchillos
que arremete sanguinario
contra el que ose
maniobrar
una vacilante caricia
sobre su devastada superficie.

Este cuerpo
desconoce a todo lo que no sea
la magulladura,
la herida siempre abierta
y los abruptos gestos de la depredación.

Yo no habito un país, habito un cuerpo
raptado
que danza con la masacre
y preñado por lo más abyecto
de las jaurías
sólo sabe parir muerte.

Yo no habito un país, habito un cuerpo público
tan menguante
que mis leves pisadas le duelen
y el rumor de mi esperanza lo martiriza.

Yo me acurruco
en su minúscula zona dócil
aletargado
por el latido irregular
de su antigua belleza de fábula
mientras devoro
las partículas de su exiguo calor.

Yo me acurruco
y espero que el amanecer
nos asombre con la evidencia
de que ambos,
este cuerpo donde habito y yo
sobrevivimos
a la larga noche
de las jaurías.

VIA PLAZA

Carola

Abro los ojos y la realidad, pesada y asfixiante, me cae de golpe en la cara.

¿Dónde estoy? No debería de estar aquí, debería de estar en mi casa.

Casa… Yo tengo una casa. ¿Por qué estoy aquí, si tengo casa?

Este cuartucho es horrible, muy blanco y frío.

Tengo que caminar para mantener el calor, no soporto el frío, me cala los huesos, lo detesto.

Tampoco soporto el dolor en mi brazo izquierdo, traigo una marca extraña casi llegando al hombro. No sé por qué la traigo, pero arde y está roja, sólo recuerdo que una mujer vestida de blanco entró y me picó fuerte con una jeringa.

Esa mujer es mala, no hice nada para que me picara de esa manera.

Es mala.

Toc, toc, toc.

Alguien toca la puerta.

No quiero que nadie entre, tengo miedo, mucho miedo de lo que pueda sucederme si alguien entra.

La puerta se abre y la mujer de blanco se queda parada en el quicio, trae una bandeja en las manos.

En cuanto la miro, mi cuerpo se pega a la pared cormo por instinto.

No la quiero aquí, quiero que se vaya, que me deje en paz.

"Carola, el desayuno", dice con voz suave.

Me llamo Carola, creo que sí. Acaba de decirme Carola.

Soy Carola.

Veo cómo la mujer pone la bandeja encima de mi cama, sonríe, se da la media vuelta y camina para salir.

Tengo hambre, pero la comida de este lugar es espantosa, es seca e insípida. Ojalá pudiera cocinar mis propios alimentos, mi marido siempre elogia mi manera de cocinar.

Mi marido… Estoy casada, yo tengo marido.

¿Dónde está mi marido?

"Mi marido", digo en voz alta y la mujer de blanco se gira para mirarme.

"Va a venir pronto, Carola", afirma con ternura y sale del cuarto sin decirme nada más.

Me quedo sola, muy sola, pero la bandeja continúa ahí, como esperando a que me decida a acercarme, pero no quiero comer esa pasta insípida y esa carne dura.

Ya no importa. Tengo hambre, voy a comer.

Muerdo, mastico y trago, tres acciones en cadena, constantes y simples. Cuando termino la pasta y la carne siento la boca seca y una desesperación extraña me recorre la espina.

Necesito algo para quitarme el sabor de la lengua, para refrescarme la garganta.

Soy Carola, tengo una casa y un marido, no debería de estar aquí, tengo que ir a casa.

Estar aquí me desespera, quiero irme ya.

Me recuesto un poco para intentar calmarme y percibo que las sábanas están clavadas a la base de la cama, no puedo tirar de ellas para cubrirme. Son del mismo material de la bata que traigo, ambas de tela áspera y tiesa.

¿Desde cuándo estoy aquí usando esta bata fea?

En mi armario tengo vestidos muy bonitos, quisiera tener mi vestido rojo ahora, ponérmelo con aquellos tacones negros de bolitas rojas que no he estrenado, recogerme el cabello en un moño y pintarme los labios, pero no puedo, la mujer de blanco no me dejaría.

Giro la cabeza hacia la derecha y veo por la ventana. ¡Vaya! Tiene unas protecciones raras, unos alambres cruzados de esquina a esquina, no podría abrirla aunque quisiera, sólo terminaría lastimándome las manos.

Tampoco hay cortinas, cualquiera podría verme desde afuera.

Tal vez alguien ya me vio, qué vergüenza. No, no es posible, sólo mi marido me puede ver desnuda o en la cama.

Me llevo las manos a la cabeza y las paso por mi cabello, está grasoso y anudado.

Nunca he sido sucia, no sé por qué traigo el cabello en este estado.

Un olor me pica la nariz, viene de mis axilas, acerco mi rostro hacia ellas.

¡Puaj! ¡Qué asco! Hace mucho que no me daban ascos, recuerdo que sólo sentí náuseas durante el comienzo de mi embarazo.

De mi embarazo... Yo estuve embarazada.

Pongo de inmediato mis manos sobre mi vientre y ahora está plano, pero sé que en él había un bebé hace tiempo, ¿hace cuánto tiempo?

Mi bebé, claro, tuve un bebé, ¿dónde está mi bebé?

Miro de nuevo a la ventana y una nube oscura viene acercándose peligrosamente a mí, unos segundos después veo cómo cae la primera gota de lluvia.

La lluvia... Agua... Yo tuve un bebé y el agua...

¡Ay, no!

Me levanto corriendo y aporreo la puerta con todas mis fuerzas.

"¡Mi bebé!", grito una y otra vez hasta que la garganta me duele, intento abrir la puerta, pero no puedo, está cerrada con llave.

Pego en repetidas ocasiones sobre la madera desgastada de la puerta, y nadie viene, nadie me escucha.

Mis manos comienzan a entumecerse, siento un hormigueo vagabundeando por las palmas, las miro un segundo y están como carbón al fuego.

De repente se mueve la perilla y la puerta se abre, afuera del cuarto están dos mujeres de blanco y un hombre de blanco. No lo pienso y me abalanzo desesperada sobre ellas.

"¡Mi bebé!", vocifero.

Ellas me retienen con ímpetu, son fuertes, pero mi deseo de irme es más poderoso.

Lucho, lucho porque tengo que salir de aquí, yo tengo una casa, un marido, tengo vestidos y, lo más importante, tengo un bebé, un bebé que cuidar.

"¡Mi bebé!", grito de nuevo y en ese momento el hombre de blanco saca una jeringa brillante.

El miedo me paraliza.

"No, no, no", imploro, pero ya es tarde, el hombre de blanco me pica.

Mis músculos van cediendo a un cansancio desconocido, a unos grilletes etéreos que me aprietan y me inmovilizan.

La última cosa que veo antes de que los ojos se me cierren son las gotas de lluvia golpeando la ventana.

Odio el agua, maldita agua. Que no llueva nunca más.

Me pierdo.

"¿Qué pasó con la del 401, Mercedes?"

"Nada, tuvo otro ataque".

"¿Por qué?".

"Porque tiene hidrofobia, Carmela. Empezó a llover y le dio un ataque, siempre que ve agua enloquece".

"¿Y por qué le tiene miedo al agua?".

"Hace dos meses nació su primer bebé. Un día lo estaba bañando, se descuidó y el niño murió ahogado".

"Qué tristeza. ¿Tiene algún familiar? Nunca veo que la visiten".

"Está casada, pero su marido se niega a visitarla. Él mismo fue quien la metió aquí".

YENET PEREZ

Que sean blancas vicarias

Tráeme vicarias para adornar
mi espíritu
blancas, tan blancas
que transparenten este semblante maldito.

Si me deshojo al viento
si el polvo desgrana mis dedos
si las sales se refugian en mí
como en un bolsillo sin vida:
vacío infinito.

Tráeme vicarias para saciar
tanto cansancio
blancas, tan blancas que deshilen
las entrañas del miedo.

Si tengo apetitos que emergen
y caminan como los hombres
por las naciones
y como las penas se multiplican
y como seres deshumanizados cosechan
los sueños de otros seres.

Tráeme vicarias para gozar perfecta libertad
blancas, tan blancas que sienta galopar
cada mentira
cada golpe/ sacudida/ disparo.

Cuando ajena es la Esperanza
cuando los vicios poseen
todos los fragmentos posibles
de luna y sol
de Venus dormidas
y silencios que podrían arrancarte
las voluntades.

Blancas, tan blancas
que la muerte oportuna descubra
mis ojos y dulcemente separe
lo que es polvo de lo que es alma
y pueda yo
imperfecta y desobediente
sentir qué es sangre/ qué es vida.

La extraña belleza

Hoy miro y veo
los colores difíciles de las muchachas
con esas formas capaces de alumbrar
los espacios profundos
la sangre oscura

el humo sucio
ese que viaja desde un cigarrillo hasta la boca
desde los amaneceres
que se suceden y espejean posibles
interpretaciones
extendidos como la muerte nueva.

Hoy miro y veo
las florestas sudorosas (mareadas)
de este tiempo
como avanzan
con la misma (extraña) belleza
con la ignorancia y la más grande pena
con aspaviento
efectivamente
mientras le cantan a la existencia
a los muertos
y a los vivos que dominan el arte de la simulación.

Y viendo yo pasar tantas estrellas por mi espíritu
tanto silencio cargado de decepción y tristeza
viendo yo pasar
mis días y mis noches
después de golpear con fuerza
contra la puerta del principio heredado.
Y vi mi espalda sencilla en el espejo
casi de reojo
como si fuese yo
el monstruo de mis entrañas

pues deleznables somos
brutales:
ese orgullo abundante que consume de igual modo
cada pensamiento.
Y escuché mi voz
después de haberle cantado
a los hijos buenos de esta tierra
que aún sueñan.

Recordé mis soledades
cuando junto a mí iba creciendo la niebla
que borraba los cuerpos sobre el camino.

Voy andando dentro de mis muertes nuevas
con la extraña belleza
de vivir todavía
entre ráfagas de voluntad
y el enloquecido latido
de mi corazón.

Sentir cómo el polvo me alcanza
oh me alcanza y se incorpora
con los brazos de espigas
y se propaga con dedos cariciosos.

Miro y ve a la muchacha
que ya he visto entrando en mi sangre
y fluir de ella
ardiente, majestuosa

casa y llave de mi cuerpo
pupila de mi pupila
que camina sobre la tierra
ahora
con el ánimo de los muertos.

Autorretrato con fondo lejano

Para Yisel y Tamara, mis amigas de la infancia

Es posible que recuerdes aquel paisaje de fondo lejano:
cerco de púas ahogado en la floresta,
rabiosa la manzanilla remaba con sus hojas
entre las espinas del árbol de toronja;
brotes y cuchilladas,
el pétalo que cabecea en el viento que a la tarde
desgrana.
Tiempo de nuestra infancia: germinación/espejo/
viaje.
Nada enturbia las maneras de los pinos a cada lado
de la verja,
a la sombra echado está tu perro
cuyo tonto nombre olvidé: Nerón?

Nos tendíamos en la yerba y cantábamos canciones
que ardían
en nuestras lenguas de Calíopes, de Annas, de Safos...
con los cabellos revueltos y los pies descalzos

como estatuas de la Roma imperial; viendo pasar
toda el agua
del Nilo entre un espectáculo y otro: la inmediatez
del todo.

Niñas de rostros sencillos amapolas pálidas
ociosas como la bruma éxtasis de abrazo
luciendo faldas multicolores confeccionadas en casa.
Alas henchidas de viento o de los aceites de Zeus,
ya no sé

volteretas/gritos/furia/inocencia
sobre el paisaje más abstracto del mundo.

No teníamos estación para la tristeza
mientras íbamos por las calles con las manos vacías.
No conocíamos la convulsión de los laberintos
ni el cuerpo imantado
de los dioses ni la lujuria gloriosa de Manet
ni El Grito perfecto de los girasoles,
es decir,
ni a Van Gogh desangrado
por el fuego de la pobreza.
Comprábamos noticias, paraguas en Cherburgo?;
para que "las lluvias" "los fríos"
"las ruinas y los despojos de los cobardes"
no nos cayeran encima;
comprábamos los panes del día
(a las cinco de la tarde) para el hambre buena

que nos asaltaba
en los jardines de Adela, mientras robábamos
crisantemos;
olor de fuego y de jade, irisado sobre el viento.

Soy Geneviéve, dije un día antes de la guerra,
ante la desnudez de los hombres, entre los espejos
de la muerte,
cuando estallaron las guerras bebíamos té de Oolong
en tacitas de plástico, con el Sombrerero y la Liebre Marceña.
Ni devoradas en los burdeles ni vestidas de Apocalipsis,
menos como Teresa.

Ninguna de nieve, incienso o parecida a Helena.
Venceremos!, decían los soldados en la tele, mientras
se meaban allá
en la eternidad del relámpago los hijos de Alejandros
y Darios en una batalla
de locos y príncipes, donde mueren los dulces
aprendices del surrealismo.
Glorioso gritó el animal Hitler sus matanzas,
hablando estoy de Marcia que estudió en Rusia
por el año ochenta: para entonces
el hambre del tiempo
borró la tierra de la tierra sin embargo nacen,
siempre nacen animales
gloriosos que matan por el arte de la experimentación.

Un aeroplano atraviesa la imaginación,

pero no es realidad,
no es horizonte ni armazón de nada; éramos
        taaan niñas entonces
que New York podía estar en Moscú y ser el pináculo
        del mundo.
Qué mundo!, por incurables,
hoy, qué somos en este anochecer que nos colma de frío?

DEBORA HADAZA

Lo que sea que signifique

¿Estamos bien?

Sí. No. ¿Quién sabe? ¿Qué es eso de *estar bien*? ¿Quién *está bien*? Nos han cambiado el juego del mundo, nos han cambiado el juego. Y yo casi ni juego tenía. Ya sabes uno sigue jugando porque te han hecho tragar un montón de cartas. Quizá la suerte cambie, piensas. No cambia, no para bien.

Para bien. ¿Qué es el bien? ¿Qué esperas cuando esperas que *te vaya bien*? ¿Quién *te va ir bien*? ¿Quién hará tu *bien*? ¿Qué será tu *bien*? Ese bien es algo tan difuso, tan confuso y tan mediocre. *Que te vaya bien* es, básicamente ¿que no te vaya mal? Que no te enfermes, que no te atropellen, que no te echen del trabajo, que no te dejen de querer, que no te reemplacen, que no te vuelvas un fantasma para los otros o, que si lo haces, asustes de adeveras. Que con esta peste no se muera nadie que necesites y alegre tu mundo. Que no te falte el techo. Que la lluvia no te agarre en la calle sin paragüas, que no se te queden las llaves y no haya quién te abra la puerta. Que no te levante el narco, ni te secuestre el taxista. Que sigas teniendo el coraje de vivir.

¿Todo eso es el mediocre *que te vaya bien*? Tal vez, pero, a veces, aunque sea por un sólo momento ¿no has deseado con todas tus fuerzas que sí te vaya mal? Que suceda algo de eso que siempre has temido, que te atropellen, que te enfermes de algo terrible, que te dejen de querer y que te dejen, que te echen del trabajo, que te reemplacen, volverte un fantasma y de los simplones. Es decir que algo te haga trizas de tal forma que ya no puedas seguir siendo igual, que ya no puedas regresar a la vida de siempre, que ya no encuentres el coraje para vivir en eso que antes lo encontraste, que ya no haya retorno.

Eso, que te hagan cenizas ese que se supone te daría *el bien*. ¿Y luego? Saber si hay un *luego.* Si queda algo de ti entre los rescoldos, si no se te acabó ya la trama. Y si queda, aunque sea sólo una coda, poder hacer de eso algo. Saber si eres algo más que todo lo que tenías y todos los que tenías. Saber qué queda de ti cuando te han quitado todo. Saber si hay tú - en este caso yo- después de que tu vida se consumió. Hacer, si puedes, *un algo* que signifique *algo*. Que esos últimos días o esas últimas horas, o segundos, sean eso, por lo que alguien alguna vez te amo. Aunque ese al guien sólo hayas sido tú.

Porque ¿qué significa que te amen? Si juntas a to

das las personas, -cinco, dos, una, que han dicho amarte- ¿cree que se puedan poner de acuerdo sobre lo que es amable en ti? Decir "te amo" a veces es cargar un revolver. Decir "te amo" a veces es poner un grillete. Decir "te amo" a veces es soltarte al vacío. Te amo. Te amo. Te amo. Y cada vez, a cada persona, suena distinto. Te amo a veces un comodín, a veces es la reina, a veces el rey, a veces no tiene carta.

Lo que sea que signifique no sé si *estamos bien*. Lo que sea que signifique no sé si *estoy*.

Fronteras: una serie de recuerdos familiares en el Norte de México

...como un extranjero yo me vine a sentir, saber lo que quiero, no me quedo me voy. Rescate

Nunca he cruzado la frontera sur de mi país. Una vez no pude cruzar la norte. Queríamos, mi mamá y yo, una visa extraordinaria para acompañar a mi hermano a Texas, al seminario en *Río Grande*. Era tan extraordinaria esa visa que no supimos si existía de verdad o era puro choro. Con el corazón roto, más mi mamá, nos regresamos solas caminando hacia la extrañísi-ma Reynosa; mi hermano y mi padre cruzaron sin nosotras. A mi mamá no le gusta lo que no conoce, a mi sí, entramos a desayunar al primer lugar que encontramos abierto, un Carl´s Junior. Mientras esperábamos nuestras hamburguesas Shakira cantaba desoladamente "No", y las de cocodrilo se le salieron a mi madre, que en las despedidas solía desfogar todo ese instinto maternal, que a veces mi hermano y yo no sabíamos si existía realmente o era puro choro, como la visa.

Reynosa me gusta, no es bonita, -ni tan famosa y cosmopolita como Tijuana-, pero al no poder a acceder a la "casa ajena" me di cuenta que era "mía", nadie me iba pedir documentos para transitar, la gente de esa ciudad hablaba mi idioma, no me veía con recelo, no me echaba los perros para que me olfatearan. La primera vez que nos echaron los perros fue al cruzar la garita de Ciudad Juárez-El Paso, yo tenía tal vez nueve años, me dio mucho miedo, visiblemente éramos una familia de vacaciones, traíamos un carro viejo, muy viejo, estábamos cansados, desmañanados, hambrientos. ¿En serio era necesario que nos echaran los perros?

No recuerdo cuantas veces estuve en Reyno-sa, una de ellas me salvó la vista. En ese tiempo yo estudiaba en el mismo seminario que mi hermano, en Río Grande, y usaba lentes de contacto, mi graduación era brutal. Entonces, en plena clase de Antiguo Testamento me dí cuenta que mi lente se torció, traté de acomodarlo y me quedé con un trozo de lente en la

yema de mi dedo. ¿Qué diablos iba hacer? No tenía mucho dinero, en Texas todo lo médico es muy caro, entonces como pude me metí el pedazo de lente en el ojo, pero alguien me dijo, *pídele a una prefecta que te lleve a Reynosa*. Oh México México ra ra ra. La hermana Nieves me llevó y pude comprar nuevos lentes, solución salina y hasta me alcanzó para comprarle a la hermana un riquísimo café lechero en la Cafetería/Panadería París.

Algo impresionante al cruzar la frontera en auto es la calidad de las carreteras del otro lado. Planas planas, anchas anchas, aburridas tal vez, seguras por supuesto; cada cierta distancia, no me pregunte cuánta, hay una zona de reposo con baños (para bañarse), sanitarios, agua gratis, zona de acampar, juegos para los niños, y cualquier cosa que necesite el viajero cansado para retomar fuerzas y no terminar chocando por quedarse dormido. Y mi papá tan acostumbrado al acotamiento, a que los trailers nos movieran como hamacas cada vez que pasaban *hechos la mocha*, a irse durmiendo mientras manejaba, en esas hermosas y mortíferas carreteras mexicanas, flacas, torcidas, en el lomo de la Sierra Madre.

La garita más *X* fue la de Nuevo Progreso-Progreso Lakes; *así nomás* nos dejaron pasar como si no fuéramos mexicanos, tercermundistas y de seguro necesitados de asilo, caray así tan fácil uno ni se puede ofender, o igual sí te ofendes porque ¿cómo pueden descuidar así a los gringos? Tal vez tanta facilidad fue porque esa vez viajamos, -mi padre, mi hermano y yo-, con dos gringas, en un carro bien fregón de una de ellas.

De Reynosa, -*Tierrosa pa´los cuates*-, me gustaba mucho el café París, una cafetería/panadería con una pinta elegante/decadente. Desde que la vi hicimos clic, -sí, me gusta lo elegan-te/decadente-, es como querer ligar un vampiro viejo y melancólico. A las cinco de la tarde, en esa *decadentelegante* panadería con aires de cafetería, vendían al dos por uno todos los panes que no se habían vendido en todo el día. Desde la primera tarde que, abandonadas de familia, mi madre y yo esperábamos en un Hotel de dos estrellas, salí a buscar algo, y la encontré; le llevé a mi desolada madre unos muy ricos panes y un café lechero. Oh Reynosa, que tu fealdad mexicana y hospitalaria duren por siempre, siempre que te recuerdo sonrío, eres mía de tanto pensarte, sí, justo como mi madre.

Escribir es amar

Si debiera decir algo, algo que fuera absoluta verdad diría que escribir es un acto de amor y definitivamente una confesión de ausencia.

Me cansa un poco el discurso que se oye cada vez más "el amor no duele". El amor duele, absolutamente sí, y no me refiero al maltrato, al abuso, a la fealdad de alma que daña al otro. El amor duele porque es darse, y uno no tiene idea de qué está dando ni a quién. No se sabe cuánto cuesta lo que uno da, no se sabe de donde se saca, ni que de tan hondo sale eso que uno brinda. El amor duele porque es abrirse y cuando una se abre la abertura sangra, porque entre más amas la abertura es más grande y el hacha que se tiene que usar para partirse también es enorme, porque al meter la mano para sacar eso que uno quiere dar y mostrar, hay que arrancarse trozos de sí mismo, de lo bello y de lo horrible, de lo sagrado y de lo corrupto, porque el boquete que el amor hace deja ver demasiado y eso que nunca ha estado expuesto arde, siente frío y algo de pudor, algo de vergüenza, porque hay escoria y hay entrañas que nunca se han sentido dignas de ser vistas, porque hay mucha sangre y muchos movimientos involuntarios, porque hay tantos gritos, alaridos, aullidos, bramidos, lo más animal y terrible acurrucado en la oscuridad, que al sentir por primera vez la luz cree morirse, siente quemarse, desintegrarse.

Duele amar porque es el viaje más profundo que se puede hacer a uno mismo. Porque la piel y la carne no bastan, porque los huesos y los fluidos sólo son el medio, porque eso que está más allá de los tuétanos es lo que se tiene que atravesar, penetrar, transitar.

Amar es volverse átomo para poder caminar lenta y tranquilamente, sin dañar ni rasgar las entrañas del otro, porque de otra forma se lastima, se destruye lo que uno ama. Hay que hacerse pequeño, frágil, microscópico, para conocer, aunque sea una pequeña superficie de ese cosmos, para tener derecho a habitarlo.

Escribir es amar. Escribir es amar y duele mucho.

CARLOS CRESPO GONZALEZ

Reflexión de un desalmado

Escribo sobre tu papel,
calmo, sin prisas,
dejando que las palabras
se asienten sobre las cosas,
sin imponerse, en verso lento.
Lo hago así para conservar
el tiempo, el lugar,
el último contacto que crea
la ensoñacion nívea
que te deja atrapado
en el instante preciso
de la felicidad o la tristeza.
Porque así es como todo comienza,
desde lo ínfimo,
crece ocupando el entorno,
esa tregua no firmada
que existe entre la sombra y el cuerpo,
no te das cuenta,
pero el soplo inicial
se convierte en viento.
Ese es el motivo
que me hace caminar
más deprisa que mi alma,
para dejarla atrás.

El alma codifica el desaliento,
te cose al dolor,
no tengo nada que
hablar con ella,
hablo con el sol del verano
y las hojas de otoño,
cuelgo versos en ramas desnudas,
hablo contigo, también con tu silencio.

Escena 23,45

Hay un mapa de tus labios
en el borde de la copa,
no puedo evitarlo,
más que observar
lo cuido con la mirada,
se acerca a lo narcótico,
restos de vodka
crean ríos bermellón
ajenos a cualquier mar.

Sentir el sabor que no se alcanza.

Soy como Huracán Cárter
boxeando contra las paredes,
perdido en un multiverso
que me impide encontrar
la dimensión de ese

tiempo muerto llamado realidad.
Una copa,
la marca de unos labios,
la botella abierta,
Aúlla el dolor de Ottis Redding,
no se escucha,
llueve sobre nosotros,
literatura védica
abriendo un cosmos
secreto, prohibido.
La puerta que no abren
los sentidos la derriba
la poesía.

Oler aquello que se intuye y no se ve.

Asunción de un miércoles a media tarde

Ya no hay marcha atrás,
hace tiempo que es irreversible,
soy poeta.
No tengáis miedo por mí,
la lluvia moja la tierra,
sin preguntas, reproches,
ese agua busca espacios
que alimentan ríos,
cómo evitar lo inevitable.
Entendedlo, no escribo
poesía, sucede,

es un tren llegando
a la última estación

de su viaje.
Ocurren los versos
porque los pájaros vuelan,
florece el espliego
o el universo es infinito,
qué puedo hacer,
nada,
no
quiero
hacer
nada.
Y si escuchas el ocurrir
de los versos detente
junto a ellos,
sin miedo,
las palabras no son como las personas.

Experimentación lingüística del corazón

¿Sabes?
El corazón se puede caer
de una bicicleta estática
al descubrir un monosílabo
que derriba las paredes
de esa ciudad que te habita.
Y así,

sin sentir el golpe,
se quedará en tránsito
infinito entre el dolor,
la nada y el suelo.

Si eso sucede,
corre hacia el bosque
cuando vista sus hojas
de un amarillo
tal cual el incendio
de tu pecho,
Hállate telúrico
en ausencia buscada
aferrado a la certeza
de que músculo
o piedra,
lo importante es
bombear sangre.

Hay tanto odio como amor entre un monosílabo y un conector de enlace
El lenguaje comete errores.

Turbulencias indómitas

Si lamer con mi lengua
el contorno de tus pensamientos
sirviera para no fallecer
en cada decepción,

trazaría un puente de cartílago
entre mi cerebro
y las puertas de tu pecho.
No lo sabía,
creía tenerlo todo aprendido,
sufrido, no era así,
siempre se rompe
un cristal a tu espalda
que te desgarra o te sana .
Y cómo en este otoño
de hojas en anáfora,
de rios cadavéricos
y de tristes guerras,
he descubierto
que la iridiscencia
se produce en la miel
de esos ojos.

Me reafirmo, muerto mil veces pero siempre indómito.

ELENA RAMOS GRULLON

Enigma

Atado a la espalda y sin camino, te arrastras en círculos en un mundo que no entiende que ser diferente no significa ser un monstruo o un anormal. Tratas de descifrar lo que el corazón te grita, pero no puedes. Sin embargo, sabes que alguien más ya lo ha descifrado y que ese alguien ha partido para siempre y te ha dejado con la esperanza rota, con el deseo de construirlo entre acero, cables y circuitos eléctricos. Tus amigos ignoran la razón que buscas en la vida, pero a ti no te importa, mientras construyas lo impensable.

Solo, vagas por el mundo imaginario y asumes una verdad que no todos comprenden. Te llenas de esperanza, y sigues creando. Solo crees en ti, en tu indiferencia, en tu ingenio y en tu forma matemática de ver la vida, porque en eso se resume tu vida: en un número, en un código y en una suma de momentos que no puedes compartir con nadie. Rechazas lo que es inferior y te viertes en un mundo de extraños como gotas de alcohol. Nada es imposible para ti, excepto la comunicación, y por ello navegas en mares turbios y en brazos lozanos donde no esperabas nunca navegar.

Barreras retorcidas y cientos de misiles disculpan tu ingeniosidad. Te entretejes con el azar, te conviertes en su predilección y triunfas junto a este.

"Tienes que resolver el enigma", te dices. Crees que, al encontrarlo, cambiará tu existencia. En busca de su código, te enfermas y, para eliminar esa enfermedad, te inventas una máquina que decodificará la maraña en la que vives. La máquina que sanará tu alma, la que desviará la línea del tiempo de una humanidad entera…

En la búsqueda, te desvías hacia el pasado; te multiplicas entre recuerdos que atormentan tu mente. Mueves la cabeza, regresas a tu presente enigmático y piensas: "A la gente le gusta la violencia porque se siente bien. Los humanos encuentran satisfacción en esta, aunque sea un acto vacío". Dejas de pensar y sigues descifrando el enigma, hasta que lo logras. Con el éxito en tus manos, renuncias a este. Olvidas todo el camino recorrido, e inicias de nuevo.

Ya no piensas en cables ni en acero: ahora, lo que im-porta es tratar de ser normal. Te inyectas para crear el prototipo que exige la sociedad y, en ese proceso, tus nervios se destruyen, tu habilidad te abandona, el azar te ignora y la soledad se hace cómplice

de tu desgracia.

Faltan dos horas para que el sol arrolle tu ventana. Faltan dos horas para que el doctor penetre tu sistema y ahogue tu imaginación. Faltan dos horas para llenarte de optimismo y arrancarte la existencia de raíz. Tomas un fusil, lo colocas en tu boca y dejas caer tu cuerpo como si fuese un muñeco. Ya nada te preocupa… ni el doctor, ni la inyección, ni el optimismo, ni el fusil. Tirado en un baño de sangre, te encuentran, y tú no respondes.

Ático

Uno es dueño de lo que calla y esclavo de lo que habla.
Sigmund Freud

Todas las mañanas, el viejo preparaba las piedras para lanzarlas contra los gatos que maullaban sobre el techo de su casa. Dispuesto al último lanzamiento, notó que las agujas en su reloj de pulsera se detuvieron; controlar el tiempo era imprescindible. Al observar el reloj reconoció cinco figuritas en forma de gatos, creyó que estaba loco. Se dirigió hacia la nevera a tomar un poco de agua para calmarse, pero encontró allí dentro, dos gatos que se disponían a comer su salami artesanal.

Para salir de dudas, subió al ático para comprobar si los gatos seguían allí. Veinte siluetas confirmaron su sospecha. Sintió mareos e intentó bajar las escaleras, pero no pudo. Su mirada quedó clavada en las de los gatos, que reflejaban como espejos la imagen del viejo, a quien el mundo se le vino encima y el regreso hasta la escalera le era eterno.

Escuchó la voz de su hija: "Papá, ya vámonos, se hace tarde". Gatos, maullidos y tinnitus, desaparecieron.

De regreso a la cocina, abrió otra vez la nevera, observó un jarrón con agua y su salami algo roído. Su mente se desvaneció por uno segundos.

"¡Papá, ven!", la voz sonó un tanto molesta, lo sacó de su trance.

Cerró el refrigerador convenido de que los gatos no se habían marchado. No se atrevió a compartir lo que había visto. Tuvo miedo. Recordó la conversación que su hermana y su hija tuvieron. Las escuchó decir que él estaba loco, por lo que hablarle de algo semejante, era un pase seguro al manicomio.

"Mi hija, ¿te has dado cuenta que todas las maña-

nas me pongo frente a la casa y les lanzo piedras a unos gatos que maúllan sobre el techo?"

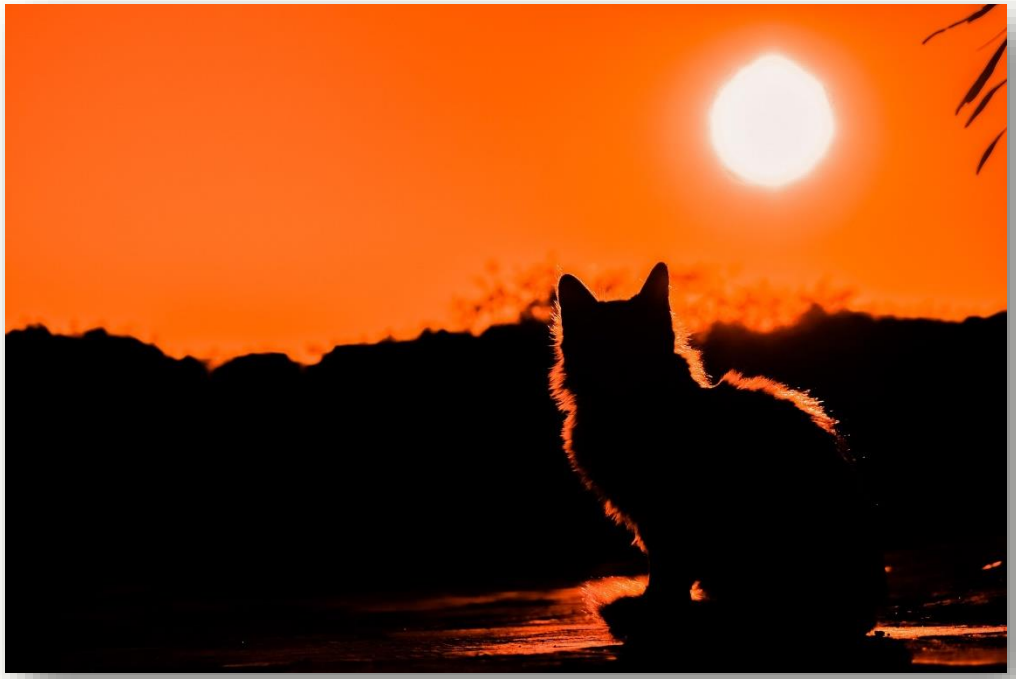
"Claro papá y te peleo por ello. Te he dicho un millón de veces que no hay gatos ahí. Después que maté ese gato en la *Autopista Duarte*, te has quedado con la idea de que hay gatos aquí. Un día convulsionaste y antes de hacerlo, tus palabras fueron que miles de ojitos de gatos te asfixiaban. ¡Debes superarlo! Fue un accidente. ¡Ya basta por favor!"

"¿Cómo me puedes decir que esos gatos no existen? ¡Por Dios!, a veces cuando no encuentro piedras, les tiro tierra, pero termino ciego. Deberías subir al ático y verlos por ti misma. Créeme, por favor".

Su hija no respondió, solo se dispuso a esperarlo en la puerta.

El viejo miró hacia la ventana, un tsunami de gatos se aproximaba. Empezó a temblar. Mientras veía llegar el tsunami, recordó a su esposa muerta, miró su piel colgante y a su hija que aun esperaba en la puerta.

"Vete sola", esas fueron sus últimas palabras.



SAMIRI HERNANDEZ HIRALDO

La máscara

de azules huecos
enmarcados
los huecos
en forma de ruiseñor

De quitarse la máscara,
Ni un espejo segundo. Azul major—
Segundas o verdaderas alas

De cuerpo entero

Tras un guiño de hojas sin patrón de ultrasonido
cuando se han sabido musculosas tantas
De mis ojeras prosigo al árbol sin pedigüeñas ramas
Burladas por la impaciente, reñida presión
Morada con capota la mañosa presión con tan perenne dolor tras el hincapié silencio
Su augura puerta mitad cubierta
Su ventana de caoba por el afán de roedores tiembla, meolla de batidas telas
sus hilos entre hoja y hoja tejiendo a cuestas
Mi mano, ya una enredadera, a la derecha de la pringosa cueva
tras la tierra permeable surca, me chapuzo a rienda suelta
desaforadísima de la cintura hacia abajo

estolas cursileras, diseños hipérboles de antena de no parar la filosa lluvia
la rechina brisa. Colores graciosos en la poza de mi ojo izquierdo que igual patina
cual batida espuma, cintura hacia arriba hacia afuera

Diosedades

Inspirado en el documental: My Life as a Turkey (Mi vida como un pavo), 2011.

"...[Y] esparciré el estiércol sobre vuestros rostros, el estiércol de vuestras solemnidades, y con él seréis removidos". Malaquías 2:3 (Versión Reina Valera 1909)

"Maggots are efficient consumers of dead tissue. They munch on rotting flesh, leaving healthy tissue practically unscathed." (Los gusanos son consumidores eficientes de tejido muerto. Mastican carne podrida, dejando el tejido sano prácticamente ileso.) Paul Gabrielsen, *Science,* Dec 2012.

Debo ser un pavo salvaje
hipnótica tras inhóspitos huesos al comitivo aire
buscando algo, ¿un alma tras que tuerta y muda, errante?
No el ateneo producto del entrelazamiento
cuántico, por supuesto, no una copia exacta de mí.
Es decir, "jamás Hypatiana, Newtoniano." Igual me he casado
con el sexo prometiéndole mi *realité animalé*.
Mis órganos internos en retroactiva exposición, aunque
mucho menos que los de la mujer Tenneh, quien sabe, y la hija de Jefté.
He tomado tiempo en descifrar símbolos engorrosos, picoretos, extraviados, flotantes y vacíos.
Incluso poblando mis capilares chabacanos, mis venas *tristes tropiqués*.
Me he preguntado si una vez seguí la cruz, su salvación irreversible
sobre todo sus seducciones de no voltearse,
incluyendo la deificación de mis intenciones de calcomanías, archivos, rótulos o carteleras vírgenes,
sin olvidar, de marcar manos juntas, rodillas curvas sacrificadoras.

Una vela encendida que de un chasquido se derrumba se derrite.
Debería expandirse siguiendo el modelo del fuego con longitud extrema de oxígeno vital,
Parecido según Lamaître, al gran universo con sus billones de galaxias.
Pero me sigo hundiendo, hundiendo y contra mi.
Debo en cambio o además ser un pavo gentil
doméstico, una pirata arduamente perdida dentro de sus marítimos huesos
después de haber sido excretados entre gases, bacterias, parásitos, larvas, lombrices, gusanos finos largos antes por los pies de un niño angolo, y con tan pésimo [d]olor
Para después de amontonarse los perforados intestinos, surtidos de blanda o fuerte memoria con o sin respiración—
Qebehsenuef u otro dios

Indirecta

Busco lirios entre cada guiño en el buzón de tus ojos
Mi cuerpo un lío cincelado por tu angustia en retaguardia
En la única mesa con esquinas deshechas tu dolor que se ha vuelto más mío
Se desborda. El agua llega a los cuatro bordes de la mesa tan anécdota caprichosa

Abastecidas las gotas, caen sin quejarse se asientan unas sobre otras
Resbalo. Los dedos de mis pies se tuercen
Voy tras la ineludible hinchazón
Mi primer codo al nacer lo lastima el cemento eufórico
Mi cabello pordiosero en el suelo se amontona, se destila
Las piedras pasan el peso de tres adicionales días
Creciendo en mi insaciable pecho, un jardín de historia conmovedora
Para otro ostentar

Alfombra menos y menos roja

En el plato lo mismo separado que junto.

Mis ojos de tierra íntima no pueden adaptarse para evitar
esos veleidosos hilos que el médico dice que no son un problema
siempre y cuando no detonen afectando la vista,
no causen molestia severa como cuando el sol carestía desquicia.

Lo que ellos, mis ojos abren o cierran, cheque en blanco nanina
Despiertos o dormidos se mueven escaneando memoria conjuntiva
que en cualquier instante con alevosía cultiva jardín de rosas ecuménicas, espinas
de estacas, astillas como si flagelos de algodón de nunca llegar a desmoronarse.

Hasta las menos acaparantes duelen cuando se aprieta
en posiciones alternas para sacarla con o sin herramienta auxiliar:
pinzas, una remanente aguja, un alfiler de seguridad,
alcohol aparte para evitar infecciones que no claudican.

Duele, duele inclusive cuando se toca la piel cresta
alrededor de la astilla suavemente, extrañamente para volver a sentir el dolor tenue
y asegurarse de estar más viva que muerta
como una niña pobre de Ouagadougou o Bishkek.

Tanto me he acostumbrado a las astillas sin lugar a escapatoria,
aunque no siempre, no a todas,
Algunas como tres de mis diez dedos
hasta cierto punto de la vida más vegetal que carnívora,
a la ostia morada ni fermentada ni podrida el primer domingo del frasco mes
Ahora cualquier otro color gastado por el reloj marca paso para cardiacamente
seguir atreviéndose

cualquier otro día de otra no menos fuente
de existencia lumbre, trasiego de menos sangre que huya y menos atrape.
Somos el pan de la tierra

Sin ser astronautas

No hay que desesperarse con vertical antelación
ante la insignia de garita del Castillo San Felipe del Morro
Hacia fuera tres tipos de banderas, el sonido de espumosas olas
Salpican al penthouse de la existencia, chorrean sobre el residencial La Perla, liquean

Un hotel subterráneo en Coober Pedy en el sur de Australia
Una escuela en las cuevas Zhong en Zhongdong en el país chino
Una casa de árbol 140 pies de alto de los korowais en Nueva Guinea para evitar los insectos
y espíritus malignos

Sin ser astronautas poblamos
el espacio, el descanso de vigor de niebla
gravitando una y otra vez
como si en realidad dentro de una macro burbuja
desde donde partimos y llegamos y partimos
y llegamos con diseños transversos no patentes
químicos rebozos, se hace aguaje la gravedad nos alienta nos rezaga
imponiéndose cual sargaza piel encinta de una y de otra
capas de tierra y arena por otra, una sobre y entre aeróbicas
acróbatas sin que nos demos cuenta, o dándonos,

pudiendo en este condensado instante, no cualquier lluvia meteórica retozona

ANNABEL MIGUELENA

Células

Resbalé. Caí en el núcleo de tu célula. Fui tu centro. Dancé por horas hasta que se oscureció tu citoplasma. Entonces, asumí que era de noche. Inhalé. Absorbí un poco de energía y di un salto hacia tu ribosoma buscando algo de luz. No hallé más que proteína. Cené. Me volví fuerte, maciza. Sin sentir vergüenza canté en dos vacuolas: único espacio donde no vi sonidos ni escuché colores. Silencio, sentí solo silencio dentro de las bolsas. Me embelesé con tu voz lúdica. Fusioné mis lágrimas con tu torrente y ahí deambulé durante años. Una madrugada, escapé cautelosa por una de las bifurcaciones de tus venas y hoy, fuera de tu vida, de tu mundo, de tu cuerpo, de tu lengua, seguimos intercambiando, a través de tus microvellosidades, cantos y fluidos que brotan de los dos.

El elegido

Las veces que a Ian le toca su cita de control, el doctor Euclides responde con paciencia cada una de mis preguntas. Quizás siente algún tipo de consideración desde que supo que Mariana me dejó por su jefe y ya no llama ni para saber de nuestros hijos. Yo intento cuidarlos lo mejor que puedo, pero debo admitir que a veces siento miedo, y por eso pregunto todo para no equivocarme.

Ese día no conseguí con quién dejar a Juliette y tuve que llevarla a la clínica. Pasó jugando con sus dedos como si tejiera minutos en la sala de espera. Una vez llegó nuestro turno la noté menos impaciente, pero al verme perder el tiempo consultando hasta lo obvio, empezó a intervenir.

—Doctor, no entiendo por qué le da tantas indicaciones a mi papá. ¿Acaso no ve que Ian es un bebé que no se enferma? Él es el elegido de Spiderman y eso le da inmunidad.

—Cuéntame, Juli. ¿Por qué piensas eso de tu hermanito? —respondió Euclides, acostumbrado a seguirle el hilo a las ocurrencias de los niños.

—Mire, si se fija bien en las manitos de Ian, notará que brotan telarañas.

—¡Ah! Esas son pelusitas que viajan en el viento y se quedan atrapadas en el cuerpo de los bebés.

—¡Que no! Le digo que son telarañas.

Euclides empezó a remover lo que salía de entre las membranas de los dedos de mi hijo para probarnos que se trataba de pelusas. Las miró en silencio por casi un minuto, mientras manipulaba y olía cada tira con cautela. Frunció el ceño, y disculpándose dijo que cruzaría un momento al consultorio de enfrente. Juliette me insistió que debíamos tomar ventaja y marcharnos, que presentía que el doctor planeaba secuestrarnos para un experimento.

De inmediato, me concentré en mi rostro y procuré ser cuidadoso para no mostrar ninguna expresión que reflejara incredulidad. Ella, al notarme inmóvil, empezó a halarme por el brazo con insistencia, al mismo tiempo que me susurraba: "Pase lo que pase, no mires hacia abajo, papá".

Ya suficiente inseguridad le causó su madre al abandonarla como para que encima, me rehusara a complacerla. Así que, confiando en mi hija y en la resistencia de las telarañas, escapamos los tres por la ventana.

Por el apellido

Fabiana culpa a su padre por no haber invertido el orden de los apellidos al momento de inscribirla, a sabiendas de que la ley lo permitía. Todo fue por machismo, por esa absurda idea de que los hombres se apuntan primero a como de lugar.

No es que la justifique, pero es que estábamos hasta la coronilla del irrespeto de los chicos, en especial por parte de Emilio, que a diario nos interrumpía con la misma sandez mientras se bajaba el zíper: "Oye, Fabiana Melo Thomas, ¿me lo tomas?" y luego salía de prisa hacia la cancha a picar el balón como idiota.

La venganza la planeamos Patricia, Marcela, Karina y yo. Nuestra idea consistía en hacerle creer a Emilio que Carolina lo deseaba para tener sexo y que lo esperaría en el baño a la hora de salida. Una vez entrara y se quitara la ropa, nosotras llegaríamos para amarrarlo y concederle a Fabiana el placer de patearle los testículos. Pero ella tenía otros planes, y en el momento que lo sujetamos, en lugar de golpearlo, sacó un cuchillo, se lo introdujo en el pene y siguió hiriéndole otras partes del cuepo. Emilio intentaba implorarle que parara, que había sido un malentendido; que cuando la abordaba "Fabiana Melo Thomas, ¿me lo tomas?" era para que le sujetara el maletín. Ella se llenó aún más de ira y le gritó que si pensaba que era estúpida como para tragarse sus pretextos. Después, lo apuñaló por el hombro y Emilio en lugar de callarse, insistía que era cierto, que de verdad se refería al maletín. Fabiana desaceleró poco a poco su respiración y le sonrió con sarcasmo. Entonces, ella misma comenzó a mancharse de rojo: el cabello, los senos, los labios… todo. Me atrevería a asegurar que noté en ella cierta sensación de placer. Nosotras casi ni nos

movimos. Marcela hasta se desmayó, pero nuestro estado de *shock* nos impedía socorrerla.

Los gritos de Emilio eran tan desesperantes que hicieron que todo el mundo se aglomerara afuera del baño. Luego, llegó la directora junto a Eduardo, el de la cafetería y temblando nos pidió que regresáramos al salón.

Lo último que escuchamos antes de salir fue lo que dijo Fabiana al darle un cuchillazo en el estómago: "¿El maletín, pendejo? ¿el maletín? Pensé que te referías a tu puto torrente". Y luego bebió un poco más de sangre.

TAHIS GORETTI

Calostro

El rosal con sus espinas muerde mis labios
es de vino el sangrado
de uva blanquecina

Calostro
baja por mis piernas
Clava tu lengua hasta mi garganta
como colibrí.

Puma rosa

Bebe mi tinta
Y olfatea el lastre rojo
que deja en mi cuello
árbol vestido de fruto
cargado de dulzores
La pulpa es nube y ángel caído
Es casa dentro de las aves

Donde mi vecino

Donde mi vecino se escucha el hueco de una casa quebrada
En los tejados se amontonan la hojarasca
Los retazos de pájaros

El moho que se traga el letargo

La lágrima es violeta,
Violenta
Vil
Vigente
Viril

Las paredes se desmayan como cáscaras de cebolla

Donde mi vecino
Escucho las más grandes groserías

La muerte del huerto
despelleja la memoria

Es una nuez amarga
que craquea
todos los días

Es un ébano sin tierra

Donde mi vecino
todos los viernes llega la esposa y pide a sus hijos varones ir con ella
ellos se amarran a las puertas
y el redil parece un labio rojo escarapelado

Un grito de parto
el duelo de un cuerpo

Donde mi vecino rondan las ánimas del suicidio

toman café junto a las plantas
revisan el buzón
acechan vestidas como de fuego
supuran mercurio por toda la casa

Donde mi vecino nunca huele a pastel horneado
nunca se escucha un cumpleaños

Nunca hay risas
y sin embargo el rosal del jardín desvistió dos botones anoche.

Memoria

Nos ocupa
Se mete en nosotros
Es un espíritu que vuelve a la carne
Une con hilos dorados nuestros ombligos
Es una espora que fecunda los terrenos
Deviene
Es pasado
Vuelve al mañana
Se ensancha
Con telas de sedas
Abriga
Calienta cuevas
Es fractura entre el llanto del nacido
Y el lloro del muerto
Es sitio del canto

La risa
La Cábala de los huertos
El huevo
Tiene un color redondo
Que amamanta

Su sabor es anaranjado
Es mosaico de espejos
Colisionados en los rostros

Es alma de la familia
Fuego primitivo
La memoria
El principio de las piedras
La mano de Dios en la sangre de los pájaros

Ella
Es altar de recuerdos.

Soprano

Este nudo en la garganta
Saca sus manos por la boca
Toca el solar en su cuerpo

Es braza
Le encandila

Él cierra sus ojos

Y guarda su mirada
Entre las aguas tibias
De los pechos

Hay un cántaro en la garganta
que se rompe
se derrama en la ternura
en el sauce carmesí
que sacude como muerte

Es un reloj de arena
que gotea al tiempo
sobre el vestido salobre

Ojos miran
dentro de su sal
la piel escarchada
se consume a sí misma
con el otro rostro de la noche
con un trueno a cuestas
con dos pájaros rojos cantando

El nudo
grita su nombre
trepa
es canto de luciérnagas
es quiebre en la nuez
es mapa
de regreso

Como muerte

Como cuando la muerte se lleva un eslabón de nuestra sangre
cargo a cuestas el punzón de los golpes del infierno.
Y el mar, el mar descansa en mis ojos como espejo para la noche.

Conseguiré el abrazo que nunca fue en el consuelo de tu madre
nos sentaremos frente a la casa
viendo escurrirse el sol debajo de la tierra
mientras tejemos una oración para guardarte.

Quizá dibujaré el fruto del vino
de las nueve lunas que nunca contamos

Dejaré secar la casa tendida junto a las sábanas
frente al crepúsculo
para ser recogida con todo y estacas
y vestirnos de ella
la mañana ya no existe.
Eres un talego qué llevo a cuestas
un dolor que se hinca en mi cabeza para siempre.

ALBERTO MARTINEZ-MARQUEZ

Eres un mierda, Kléber

al escritor dominicano José Carvajal, porque me animó a escribir este cuento

Lo supe desde el primer día que puso un pie en la oficina. Mauricio Kléber era un mierda, Sí, señor. Un mierda tamaño King, por así decirlo. Un Súper Mierda. Un megamierda. Aunque muchos en la empresa tenían pleno conocimiento de su absoluta mierdez, le seguían rindiendo pleitesía para congraciarse con él. El primero en caer bajo su poder fue Pedro Altamira. Éste le contaba todas sus intimidades al advenedizo. Le sucedió Mariana Villamil, quien le pedía consejos de todo tipo. A ésta le siguió Bruno Suárez. El muy tonto abrazaba a Kléber todas las mañanas y también lo hacía al despedirse en las tardes. Hasta Alana Torres se rindió ante él, invitándolo los viernes al bar de la esquina para darse unas cervezas y hablar de las cosas que sucedieron en el trabajo durante la semana. Gurú, psicólogo, consejero, asesor, mentor, guía… En eso lo habían convertido.

En la sala del café lo conversamos en muchas ocasiones, aprovechando que Kléber había ido al baño o salido de la oficina para realizar alguna diligencia. Nos hartaban sus estúpidos chistes y comentarios fuera de lugar. De igual manera, nos sacaba de las casillas que los idiotas que seguían a Kléber forzaban la risa para que él se sintiera complacido. Cada vez que conferenciábamos durante el coffee break, la ganga de los cuatro: Pedro, Mariana, Bruno y Alana, bajaban la cabeza en señal de arrepentimiento. Pero con todo y eso, siempre volvían a sucumbir ante los pretendidos encantos del Señor Mierda.

Es verdad que el tipo es un echón y dice algunas tonterías, me dijo Pedro en una ocasión, pero no es mala persona. Yo lo miré sorprendido y lo castigué con mi silencio. Bruno me trajo la llave de mi apartamento y me pidió que le entregara la suya de vuelta. Alana me escribió una carta y se la dio al conserje para que éste me la diera a mí. Me daba un plazo de una semana para que fuera al patio de su casa a desenterrar a mi perro Thunder. El labrador había muerto cinco años atrás, al morderlo una rata que estuvo persiguiendo cuando lo saqué a pasear en el parque. Además, indicaba en la carta que le devolviera una sartén (que ella misma me había regalado), alegando que era prestada y yo había tenido el descaro de adueñarme de ella. Mariana me entregó los discos de The Police, Chicago, Genesis y Air Supply que yo le había

regalado en su cumpleaños, con la excusa de que ya no le gustaba oír esa música. No volví a dirigirle la palabra a la ganga de los cuatro ni ellos a mí. De un modo terrible, Kléber había trastocado mi mundo. Todo se derrumbaba a mi alrededor. Poco a poco, mis amigos dejaron de serlo. Fui quedándome cada vez más solo en la oficina.

Tampoco volví a la sala del café desde que a Kléber lo ascendieron de puesto. Ahora era el jefe de su sección. Antes, iba a tomarse el café o a buscar galletas, tratando de pasar desapercibido. A mí me parecía que en realidad nos espiaba. Más de una vez lo agarré en el pasillo, cerca de la puerta, pegado a la pared. No sabía disimular. Decía incoherencias de todo tipo. Siempre intentaba explicarme por qué estaba allí, y se enredaba en una babosería que no llegaba a ninguna parte. Pero ahora se adueñaba con fuerza de cada milímetro de la oficina. Yo me sentía más y más arrinconado cada vez. Sé que el hombre mierda de la empresa tenía que haber sentido mi desprecio desde el fatídico día uno, cuando el jefe lo presentó ante los empleados. Al pedirle que dijera unas palabras, Kléber abrió la bocaza para lanzar cuatro disparates que dejó perplejo a todo el mundo. Comencé a reírme bajito, pero él se percató de inmediato y puso una cara antológica de desagrado.

Más que nunca, lo odié con todas las fuerzas de mi alma el lunes que Mirna Ruiz llegó cojeando a la oficina. ¿Qué te pasa?, le pregunté. Nada, nada, me dijo mirando al piso. Yo seguía insistiendo, pero ella seguía empecinada en que nada había pasado y se fue a su escritorio con la cara contraída por el dolor. Luego supe que Kléber y ella se quedaron juntos en un parador durante el fin de semana. Paco, el conserje, me lo había dicho. Se había convertido en mi único confidente en la oficina. Al igual que yo, Paco detestaba a Kléber, porque siempre lo trataba con desdén y menosprecio. Mirna terminó confesándome dos días más tarde que Mierdín y ella tuvieron sexo todo el fin de semana y que prácticamente no salieron del cuarto. Cuando comencé en la empresa, Mirna y yo comenzamos siendo amigos con privilegios durante un tiempo. Nos teníamos mucha confianza. Nuestros gustos eran muy afines. Fuimos muy buenos amigos por muchos años. Pero eso se acabó en el mismo instante en que ella me contó con lujo de detalles su affair con Kléber. Tuve que hacerle la pregunta: ¿Y lo hicieron por… tú sabes… ahí atrás? Sí, contestó ella con firmeza y mirándome directo en la cara. Por eso es que no puedo caminar, repuso. Fue justo en ese momento, que trocando la mueca de sufrimiento por una repentina y morbosa expresión de placer, agregó, ¡Qué experiencia divina! ¡Qué hombre, que machazo! Mirna le había dado la estocada final a mi abatido orgullo. Horrorizado por
lo que estaban escuchando mis oídos, sentí que los ojos se me iban a caer al piso, y me llevé las manos a la boca. Salí rumbo a mi escritorio como un animal he

rido, deseando que el piso se abriera y me tragara.

Los días que siguieron no quise dirigirle la palabra a nadie en la oficina, a menos que fuese para asuntos estrictamente de trabajo. Llegaba a la empresa a la hora en punto, con unas gafas oscuras y el rostro en neutro. Pasaba el tiempo del coffee break en mi escritorio, mientas realizaba mis tareas. Todos los días salía a toda prisa a la hora del almuerzo y me internaba en alguno de los restaurantes más apartados de la ciudad. En realidad, eran unos friquitines de mala muerte. Allí la comida era más grasosa y salada de la cuenta. Llegué a aumentar de peso y a desarrollar albúmina. A la hora de salida, esperaba a que todo el mundo se fuera, para no ver a nadie camino al estacionamiento.

Ahora, Mauricio Kléber era Dios. La oficina era su Olimpo. Yo ansiaba un retorno feliz al mundo antes de Kléber. No veía el momento en que las cosas volvieran a su antigua y acostumbrada normalidad. Echaba de menos la sala del café, las conversaciones, los buenos ratos, a mis compañeros.... Tramé en mi cabeza distintas formas de venganza, pero ninguna parecía viable. Ya sé lo que están pensando. Para serles franco, no contaba con el dinero suficiente para pagarle a un asesino. Existían otros agravantes como el miedo y la torpeza. Además, me asustaba la idea de ir a prisión.

Dile que es un mierda y ya, me dijo el conserje, en una ocasión. Dile que todo lo que hace es una mierda, que todo lo que toca se vuelve mierda, que donde camina crece la mierda y mierda y mierda y más mierda, expresaba con firmeza. ¿Así de fácil, Paco?, le cuestioné. El asunto es que te lo saques del cuerpo, porque un día de estos te va a explotar este odio acumulado de una manera muy fea, exclamó. Añadió, además nadie te va a botar del trabajo por decirle una cosa así. Es como una acatapsis psicológica o como se le llame. Eso sí, continuó, quizás recibas una suspensión sin sueldo por varios días, un memo como reprimenda o te pongan a hacer otra cosa distinta. Me dio la espalda y se fue a mapear el pasillo.

La idea de Paco me puso a pensar durante días. Y si yo fuera donde Kléber, me le plantara de frente y mirándolo fijo a los ojos le soltara: "¡Eres un mierda!" ¿Tendría algún efecto? ¿Valdría la pena? De seguro, me convertiría en el villano de la película. Ya que todos están con Kléber, terminarían por acosarme incesantemente y acabarían conmigo. El sólo hecho de pensar una cosa así, hizo que me dieran pesadillas y que comenzara a padecer de insomnio. "¡Eres un mierda, Kléber, eres un mierda!", me repetía en la mente una y otra vez. No me atrevía a decírselo en la cara. No era capaz de hacerlo. Luego de pensarlo larga y concienzudamente, ayer en la noche terminé aceptando mi cobardía y autoderrota. Me había convertido en Willie el Coyote camino a mi propio ritual de harikiri frente al Correcaminos.

Tal vez ustedes pensarán que me acordé de aquel

lema que reza: "Si no puedes ganarles, únete a ellos". Pero en realidad se me había incrustado en la cabeza la célebre frase de la película El Padrino: "Ten a tus amigos cerca y a tus enemigos más cerca aún." Claro, que en este caso, Don Corleone era Kléber y no yo. De modo que me armé de suficiente valor y planifiqué minuciosamente mi acercamiento a Mierda Man, para paliar el mal sabor de la derrota. Sería sutil y efectivo. Me resignaba a ganar a mis viejos compañeros de oficina. Quizá perdería el favor de Paco. Pero yo estaba dispuesto sacrificar la complicidad del conserje y doblar rodillas ante todos con tal de restablecer el sagrado orden de las cosas.

Hoy viernes, llegué más temprano que de costumbre. Cuando arribé al trabajo, la oficina se estaba en completo desorden. Había unos olores fuertes a alcohol y a no sé qué más. Había manchas oscuras, esperma de vela y sustancias pegajosas por toda la alfombra. ¿Qué pasó aquí?, le pregunté a Paco. Kléber hizo una fiesta anoche y parece que hubo una orgía, me dijo el conserje. Agregó, el jefe vino esta mañana porque lo había llamado un anónimo; vio este desastre y no me dejó que limpiara absolutamente nada. Dándome con el codo a la vez que me guiñaba, soltó, el jefe piensa traer a un grupo de profesionales de limpieza y se lo van a descontar del sueldo de Kléber. ¡Ah! Por si fuera poco, hoy despedirá a Kléber frente a todo el mundo tan pronto entre por ahí, sentenció al tiempo que señalaba hacia la puerta. Una mezcla de emociones no me permitía reaccionar. Me dirigí a mi escritorio con mil ideas en la cabeza.

El momento que tanto ansiaba, había llegado. Sentí una profunda alegría interior. Quería salir gritando: "¡Al fin te vas, pedazo de mierda!" "¡Eres un mierda, Kléber!" "¡Un mierda!" "¡Esto se llama karma, por si no lo sabes, mierdolete!" Imaginé cómo sería el mundo de la oficina sin Kléber. Me iba a quedar esperándolo para humillarlo en frente de todo el mundo. Al fin vencería la justicia.

Paco se me acerca y me saca de mis pensamientos para decirme: Llevaron a Kléber al Hospital Presbiteriano, está inconsciente. Mirna acaba de llamar. Está en intensivo.

…en otras informaciones, tenemos que Guillermo Valenzuela Moreno, un empleado que labora como consultor en la Empresa publicitaria Bellido y Magallanes, de aproximadamente unos cuarenta años, irrumpió de forma violenta en la sección de cuidado intensivo del Hospital Presbiteriano, armado de una jeringuilla, hoy a mediodía y se llevó a un paciente en estado de coma, que había sido ingresado esta madrugada por intoxicación. Las enfermeras indicaron a este noticiario que Valenzuela Moreno parecía un de mente y echaba espuma por la boca. El hombre entró al cuarto del paciente, gritándole palabras soeces, arrancando todas las mangas y los tubos que éste tenía conectado al cuerpo. Luego, lo montó en una silla

de ruedas y salió con él del hospital, huyendo a toda prisa. El personal del Presbiteriano intentó detener al secuestrador. Pero todos los esfuerzos resultaron en vano, porque el hombre estaba fuera de sí y amenazaba con inyectar al paciente con veneno si alguien se le acercaba, de acuerdo a algunos testigos que estuvieron en la escena. En el incidente, Valenzuela Moreno pateó a un guardia, con tanta fuerza que éste cayó al suelo, fracturándose el cráneo. El paciente ha sido identificado como Mauricio Adolfo Kléber Núñez, de treinta y ocho años. Este trabaja para la misma empresa del secuestrador.

Ahora pasamos al informe del tiempo…

LAURA A. LOPEZ

Del libro *Maremoto en la cuchara de madera* (2012)

Libre de indicaciones

Desconozco la buena costumbre de ser masa
sentirme cardumen en un sofá compartido
feliz con una película

Prefiero el silencio marginal
espacio sin apodos
tu nombre

Libre

Al abrir los ojos

Mi sonrisa cae por el balcón
con una flor del brazo

Casa ola
moviendo los cimientos
de tu voz
en la niebla

Hoy aquí
una muerte sin metáfora
abre las ventanas del mundo

Y este abdomen sin acentos
riega el sol

Espejo

Dulce encuentro
despertar fundido
en las orejas

Quiero besarte

9 de julio

En la plaza
un megáfono aturde
el corazón de este pueblo

Movimientos resucitados

viviendas sin compromiso
alimento para palomas

Tabaco
único diálogo

Sentarse a esperar
agitando una bandera
Quedarse hasta que
llegue la comida

Sentarse a esperar

Promesas

El mar de la devoción furiosa

Desde el principio
en forma
de agua

la tinta corre

Entre valles ropas
cielos sabanas
oídos cabellos

Frente y detrás
de los espejos

La tinta corre
en las ollas
los brotes
las teclas

La tinta corre
por el mar de la devoción
furiosa

De la plaquette *Para saltar sobre el abismo del mundo* (2010)

Herencias

Tener dos hijos, una familia
Tener trabajo, salud, dinero
Tener una historia que contar al levantar la copa
Tener alguna lágrima de más

Tener un vestido
Tener risas y secretos de mariposas
Tener amigos
Tener es fácil

Pero no es tarea para las manos

Carta al destino

Nada Amiga:
De mis raíces subirá la voz
atravesando cielos
derramando cantos sobre las vertientes danzantes
abriéndose en pétalos
como granadas luminosas

De la plaquette *Un silencio resplandeciente* (2012)

Autopista

A ciento veinte por la autopista del amor.
Hecha un trueno, relámpago último modelo.
Acelerando. Viento y líneas el paisaje entero.

Me desintegro.

Avanzo entre carriles que desarman mis versos.

Es siempre silencioso

Es siempre en el silencio
que se ama
que se descubre
una palabra
cierta
ruta herida
atravesada
de río
vidas
nacimientos
biografías
nada que explique
ciertamente
como te amo
como me amas

De la plaquette *Las cosas buenas de la vida* (2012)

Seguridad

Prefiere los hospitales a las bibliotecas.
Allí las guardias son más entretenidas.
Se puede hablar con la gente, ayudar.
Horrorizarse en algunos casos, con la vida.

Nuestro amor

Nuestro amor
es el amor de los pequeños rituales
como todo amor verdadero
se nutre de la ceremonia
que representa.

Del libro *Un boceto del paraíso* (2016)

Escribir

escribir
el polvo
escribir
las calles
escribir
el sol
en su intensidad de estrella madre
escribir
la mañana
escribir
cálida
primaveral
(y las estaciones se dejan llevar camino de las grandes avenidas)
escribir
la desobediencia es natural
escribir
¿en qué año estamos?
las obras completas de Lenin
se venden para coleccionar
escribir
hay ruinas tan hermosas

Un sueño como un pacto de realidad

Un suelo por donde caminar mientras se sueña
Un sueño como un pacto de realidad

Un golpe de suerte para despertar
pronunciando el nombre de la rosa
cuando es pequeña
del tren cuando se acerca
a la estación donde se espera

Andar de hilo uniendo calles llegando al beso
Caminar mientras se sueña

Compromisos
oh tan ingenuos
seres sobrenaturales
la rutina
un cajón abierto

la pérdida de objetos y refranes

Por dónde caminar

Por dónde caminar
contra toda ley
Por dónde caminar

mientras
se cumple
se acerca
se espera

Caminar
mientras se sueña

Del libro *Marea ocular del deseo* (2001)

Incertidumbre

El descuido de tu voz en la distancia
acalla las velas.
Inicia una carrera imposible
tras las horas que
desesperadas
huyen.

Y ahora qué, me pregunto
cuando lo dicho está olvidado
los deseos convertidos en muros
los abrazos impacientes
los sueños dormidos.
Ahora es el momento
de hundir las manos
penetrar la piel
cerrar los espacios

abandonar el último rincón de luz
para que todo lo prometido
-visto y escuchado-
sea intocable
un lamento azul
de agua de fuego.
Un recuerdo de color
en la memoria del blanco.

El destetado

Explosiones, lanzas cuyas puntas están humedecidas con fuego, balas de acero que se hunden en la carne doblegada, dientes que se clavan hasta llegar al corazón blanco de los placentarios, lenguas que perforan muros densos, extremidades que pelean por un trofeo común, ambición, poder, el padre de todos los juegos.

Ríos de colores que escapan a la imaginación, desarraigo, pena, lágrimas y sudor en una misma fuente de regocijo eterno.

Se muere lentamente antes de convocar la furia del viento.

Se defiende la uña que busca sangre en un mismo lecho.

Una voz

Quién desea saber la verdad de las sombras.
Quién busca la razón de la voz en la garganta.
Quién se pregunta a solas por la propia vida en manos de tantas cosas.
Quién entre sueños descubre los más grandes misterios.
Quién se anima a saber cómo es posible que se halla dividido el hombre
en tantos insuficientes desmanes
por llegar a ser aquel que ha olvidado creer.

Un juego

Las consonantes del primer día de clases
son comparables a tu cuerpo
desnudo.
Los olores prensando la memoria
devolviéndome a la lucha no resuelta
de amanecer perdida entre tu pelo.
Agua que soy, que pierdo
en este sueño de rayo
de vaso vacío.

Veo que
la historia escrita en mi cuerpo
contiene el ritmo de este mundo

Suma de la partes
cálculos hasta hacerte aparece
incursión mágica

Mar interno
me muevo en círculos
profundos

SHAMSIA HASSANI

2020

2021

I CAN'T BREATHE

2021

[*Grafemas para caníbales*]

Nicolás de Lekuona, *Sin título* (fotomontaje), 1935

CHIN-FA WU (Taiwan)

Ombligo

Después de visitar a mi madre en el hospital,
me miré el ombligo
mientras me bañaba.

En trance escuché el llanto de un bebé
desde lo profundo del ombligo,
El Centro del Universo-

Contemplando la insondable Oscuridad,
llorando en silencio

Por favor, entiérrenme donde se vea el cañón

Algún día, cuando muera
mi amor, por favor entiérrame allí-
bajo un antiguo árbol de alcanfor,
por encima del cañón

Donde el viento sopla gaitas del valle,
las estrellas titilan
para coquetear con los amantes,
y los cucos de alas castañas revolotean

sobre las copas de los árboles con gracia.

El arroyo donde tú y yo, mi amor,
lavamos nuestros pies por primera vez,
haz que me recline en los guijarros apaciblemente.

Por siempre y para siempre, junto al Cielo,
bajo el antiguo árbol de alcanfor,
por encima del cañón-
por favor, entiérrame allí,
mi amor.

Llamando a la puerta

Olvidando que mamá había fallecido-
como de costumbre,
llamé a su puerta.

"¿Estás bien, mamá?
sí, lo estoy.
No sientes ningún dolor, ¿verdad?
no, hijo mío, no".

Me quedé allí, hablando conmigo mismo.

No llores; sólo finge

No llores, hijo.
sube a las montañas, y el Arco Iris estará delante.

Olvida el mundo de los mortales y cruza el Puente del Arco Iris.

Deja que el amor como una nube que flota entre las montañas
vuele con el viento.

Oh, no llores, cariño.
se ha ido al Arco Iris.
Te mira con una sonrisa sobre el puente.
Ríe, aunque lo finjas.
Deja que los viejos días se desvanezcan como la hierba doncella
y fluyan en la corriente.

Cariño, hijo,
aunque lo finjan,
mírense con una sonrisa desde el cielo y en el suelo.
Sólo finjan.

Hijo, cariño-
algún día, como las nubes
transportadas por el alentador viento
se encontrarán en una cima sin nombre.

¡Oh! No llores, hijo mío...
sólo finge como yo.

Nota: El Puente del Arco Iris es un puente (según creen muchos indígenas taiwaneses) que los hombres buenos cruzarán después de la muerte.

Partir en soledad

Sin saberlo,
aquí estoy —
amor y odio,
vida y muerte,
cobardía y coraje,
crecimiento e inercia.

Sin saberlo,
aquí estoy —
decadencia y florecimiento,
luz y oscuridad,
convergencia y divergencia.

Sin saberlo,
aquí estoy —
en la encrucijada,
despidiéndome de ti con lágrimas en los ojos.

Este es un día de separación;
todavía hay aroma de magnolias en el viento,
pero no puedo sino dar media vuelta,
decido partir en soledad.

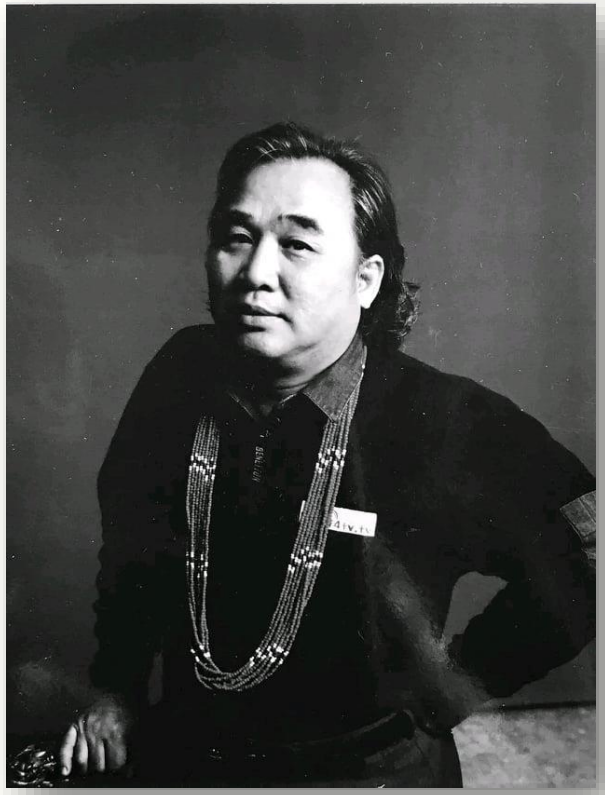
Sin saberlo,
aquí estoy.

Una alondra canta a lo lejos,
donde el horizonte no se ve.

Sin saberlo,
esto es lo más lejos que puedo llegar.

Traducción al español por Mariela Cordero.

Ching-Fa Wu, (Taiwán) novelista, poeta, prosista y crítico, nació en Meilnung, Kaohsiung, en 1954. Fue comentarista de noticias de "The Common Man's Daily", Vicepresidente del Comité de Cultura y Director de los Servicios de Cultura del Condado de Pingtung. Ha publicado los siguientes libros: *La casa de té de mi madre* 春秋茶室, *Autumn Helenium* 秋菊, *Three Steps* 人間三步(novelas). *We Human* 我族, *The Wind* 風起 y más de diez libros de poesía. Es un famoso presentador de radio. Su novela, *La casa de té de mi madre* 春秋茶室 fue llevada a la pantalla en formato de película y una serie de televisión.



VIVIAN MAIER

STRIPORAMA
in Gorgeous COLOR
Lili ST.CYR
Georgia SO
Rosita

SPAGHETTI
Served here

829
CHANN
WALK

IXLE

[*Bestiarium*]

Nicolás de Lekuona, *Sin título* (fotomontaje, colage y lápiz/papel), 1935

Gianesis Miguelena

Panamá. Ingeniera electromecánica y apasionada por la fotografía. Dos de sus piezas fotográficas fueron seleccionadas como ganadoras para la exposición "Panamá, tierra de encuentros," como parte de la campaña "Somos lo mismo," en el marco de Foto-septiembre 2019, organizada por el ACNUR, agencia de la ONU. Fue participante de la exposición "Panamá, identidad, cultura y tradiciones de mi tierra" en el II PhotoLAB y el mes de la fotografía en Panamá, como miembro del Club de fotos en Panamá (CFEP).

Evelyn Taveras

República Dominicana. Egresada de la Facultad de Filosofía y Letras (UASD). Maestra de Lengua Española y Educación Artística, poeta, escritora y gestora cultural. Sus textos han sido publicados en la primera antología poética del taller Literario del Centro, *Milagro de jueves*, así en periódicos y revistas nacionales, como revista *Mithos*, periódico *La Información*, revista *Vetas*, así también, escribió más de un año la columna cultural "Contravoz" de la revista *Zona N* del *Listín Diario*. Ha publicado los poemarios *Idea de la Nada* y *Jardín en los bolsillos*.

Luis A. Rodríguez (Laro)

Puerto Rico. Reside en Nueva York. Escritor, científico ambiental, gestor cultural, fotógrafo, anfitrión, productor y director puertorriqueño-dominicano. Ha cultivado la poesía y la narrativa desde muy joven. Fue de los escritores que se desarrolló en torno al colectivo y revista *Taller Literario*. Tiene a su haber los poemarios *Entre la Sombra y el Albedo* (1996), *Versos Clandestinos* (2001) y *Amor de Superhéroe-poemas para salvar el amor* (2016). Asimismo, *Rush Hour y otros relatos para leer en tren* (cuentos).

Mariela Cordero

Venezuela. Abogada, poeta, escritora, traductora y artista visual. Su poesía ha sido publicada en diversas antologías internacionales. Ha publicado *El cuerpo de la duda* (2013) y *Transfigurar es un país que amas* Sus poemas se han traducido al hindi, checo, serbio, shona, uzbeko, rumano, macedonio, coreano, hebreo, bengalí, inglés, árabe, chino, ruso,polaco. Actualmente coordina las secciones #PoesíaVenezolana y #PoetasdelMundo en la *Revista Abierta de Poesía Poémame* (España).

Vía Plaza

México. Poeta y narradora. Ha publicado en las revistas literarias digitales mexicanas: *Revista Letras y Demonios*, *Small Blue Library*, *Cisne*, *Círculo de Poesía*, *Revista Cósmica Fanzine*. De igual manera en las publicaciones digitales *El Elefante Azul*, Argentina; *Tabula Escrita*, Perú; Ouroboros, Colombia, *Kametsa*, Perú; *Acrobata*, Brasil; *Germina*, Brasil, *Athena*, Portugal; *Raíces*, Estados Unidos. Es tallerista de maquillaje fantástico y animalístico en modalidad virtual de *La Casa de la Poesía*, La Habana, Cuba para el grupo de escritura "El Planeta de Los Cuentos" con niños de 8 a 13 años.

Yenet Pérez

Cuba. Poeta, narradora y dibujante. Premio de narrativa en el Encuentro Provincial de Talleres literarios, Santa Clara, 2013, por el cuento "Cuando las luces se apagan", publicado por la revista Guamo, de Villa Clara. El poemario *Mascarada*, resultó finalista en el Premio Fundación de la Ciudad de Santa Clara, 2015, y publicado por la Editorial Letras Cubanas, 2017. Fue miembro del grupo literario La Estrella en Germen, aglutinado en Santa Clara por el poeta Sergio García Zamora, 2016-2018. suyos aparecen en la antología *La estrella en germen*, 2017.

Debora Hazaza

México. Ha sido columnista en revistas digitales como *Contenedor de Arte*, *Periódico el Despertar*, *Tercera Vía*, *Revueltas Times*, *Awttar Electronic Cultural Magasine* de Argelia y *Tribuna Digital* online. Publicó en 2018 su libro de cuentos *Histerias de la Memoria* y en 2020 el poemario *Yo soy voz y Trucos para no enloquecer*. Es parte de la *Antología del Quinto Concurso de Cuento Corto de Escritoras Mexicanas*, con su cuento "Nuestro taxista de confianza" (2022).

Juan Carlos Crespo González

España. Poeta y narrador. Ha publicado *Eutanasia en nueve actos*, texto de narrativa con introducciones poéticas que trata un asunto complejo, lugar donde me gusta que se mueva mi literatura, en aquello que te interpela y te genera contradicciones, pienso que a esas profundidades se puede sacar la mejor literatura de uno mismo. El libro, editado por Seleer, ha tenido una acogida inimaginable por mi parte, este sábado tiene lugar la cuarta presentación, la web Las cenizas de Welles le concedió ocho de sus premios anuales, y va por su quinta impresión.

Elena Ramos Grullón

República Dominicana. Ganó el primer lugar de ensayos literarios (2016), auspiciado por el Ministerio de Cultura. También obtuvo una mención de honor en el concurso literario de cuento Premio Joven de la vigésima Feria Internacional del Libro. Es una aficionada a los talleres. Ha realizado talleres de locución, oratoria, teatro, narrativa, poesía, etc. Tiene dos libros inéditos: uno de cuentos y otro de poema.

Samiri Hernández Hidalgo

Puerto Rico. Finalista del Premio Paz de Poesía (2012) de National Poetry Series, Estados Unidos, por su colección *Entre borrosas guardarrayas*. Su colección de poesía corta y fotografía *Nomads*, fue exhibida en el festival, Scene in Wakulla 2017, en Crawfordville, Florida. Ha publicado los libros de poesía, de los cuales tres han sido galardonados: *Al Vapor* (2020), *Cuando el líquido es sólido* (2021), *Perforaciones* (2021) y *The Five Legs of the Cat* (2021).

Annabel Miguelena

Panamá. Abogada de profesión. Sus cuentos han sido publicados en diversas antologías como *Minificcionario* (selección y prólogo de Enrique Jaramillo Levi); *Tierra Breve* (antología centroamericana de minificción. Selección y prólogo de Federico Hernández Aguilar) y *Cuentos de Panamá* (antología de narrativa panameña contemporánea). Ha sido columnista de la revista hispanoamericana de cultura *Otrolunes*, dirigida por el escritor Amir Valle.

Tahis Goretti Urdaneta de Goveia

Venezuela. Licenciada en Comunicación Social. Es miembro la directiva de la editorial Tierra Árida, Fue productora y moderadora del programa audiovisual y digital de difusión literaria "Las Tres Gracias". Ha tenido participaado en distintas plataformas digitales y revistas de difusión literaria y cultural venezolanas y extranjeras. Ganó Mención Honorífica en el Concurso Internacional de Poesía J. Bernavil con el poema *Mujer en el placebo*. Fue seleccionada en concurso por la revista Awen para la publicación de su plaquette *La puerta de los Ámbares* (2021).

Alberto Martínez-Márquez

Puerto Rico. Escribiente. Ha publicado algunas cosas. Hay quien asegura que no existe. Seguiremos informando.

Laura A. López

Argentina. Poeta, artista visual, fotógrafa, comunicadora publicitaria, tallerista y gestora cultural. Ha publidado: Ha publicado *Marea ocular del deseo*, *Para saltar sobre el abismo del mundo*, *Parte de un mismo cuerpo*, *Maremoto en la cuchara de madera*, *Novela*, *Un boceto del paraíso* y *Fin de semana largo*. En la actualidad se encuentra trabajando en distintas series fotográficas, a la vez que prepara nuevas obras visuales en tinta de gran formato. IG: @alohalaural.

Shamsia Hassani

Iran. Ommolbahni Hassani, más conocida como Shamsia es una grafitera afgana y profesora de escultura en la Universidad de Kabul. Ella ha popularizado el arte urbano en las calles de Kabul. Expone su arte digital y su arte urbano en India, Irán, Alemania, Italia, Suiza y en las misiones diplomáticas de Kabul. En 2014, fue nombrada una entre las 100 Public Intellectual Poll. Hassani pinta grafitis en Kabul para sensibilizar el público acerca de los años de guerra.

Vivian Maier

Estados Unidos. Fotógrafa. Nace en 1926 en Nueva York, aunque residirá en Francia el primer periodo de su vida. En 1951, a los 25 años regresa a Estados Unidos trabaja de niñera para familias de clase media-alta. Maier. En 1956 se traslada a Chicago y continúa su labor como niñera. Su pasión por la fotografía era desconocida para quienes la conocían, puesto que vivía una vida muy reservada. Murió en 2009, a la edad de 83 años. Fue un coleccionista llamado John Maloof quien descubrió los negativos de Maier. En 2013, Maloof escribió, dirigió y produjo el documental *Finding Vivian Maier*.

letras Salvajes